

La Campana Libertadora de 1819 (1)



ROBERTO M. TISNES J., CMF.

Años hacía que no tomaba en mis manos un libro con mayor interés y más firmes deseos de leerlo y aprovecharme de su lectura.

El libro del Coronel Riaño fue el vencedor en el concurso abierto por la Comisión del Sesquicentenario de la Campaña Libertadora de 1819.

No me voy a referir en la presente oportunidad a los comentarios que suscitó la decisión del Jurado Calificador cuando en el veredicto final se obligó al vencedor (así entendió todo el mundo la cláusula: "En consecuencia el Jurado determinó adjudicarle el premio a dicho trabajo (firmado por Saturno), siempre y cuando que en su publicación se hagan las siguientes aclaraciones"), a insertar dos adiciones al texto del trabajo, la primera al iniciar la publicación y la segunda en el capítulo X, y a citar expresamente el castigo del oficial realista, Francisco Fernández Vignoni en Ventaquemada en la mañana del 8 de agosto de 1819 (2); ni a los dimes y diretes que algunos de los concursantes cruzaron con el ganador del concurso al quejarse por la prensa de que habían estado en inferioridad de condiciones, pues el mismo Coronel Riaño declaró a los periodistas que de años atrás venía investigando sobre el tema; ni, finalmente, a la discreta y desconocida entrega del premio al triunfador.

Baste comentar y dejar anotado que las aclaraciones o adiciones ordenadas por el Jurado Calificador no fueron publicadas en la obra, a pesar de que al parecer, se había condicionado a ellas el galardón del concurso, pues se

lee en el fallo del Jurado que el premio se atribuye al trabajo **Saturno** "siempre y cuando que en su publicación se hagan las siguientes aclaraciones...".

En realidad, ningún otro concurso en los últimos años, a excepción del **Premio ESSO** había gozado de más comentarios, pros y contras y repercusiones en la prensa y fuera de ella. Paso a referirme a la obra en sí.

Al concluir su lectura, tengo la impresión de que se trata ante todo y prevalentemente de una historia militar de la Campaña de Boyacá. Lo cual, a mi ver, ha incidido desfavorablemente en el conjunto de la obra, porque resulta un poco árida y seca para la mayoría de los lectores que esperaban, como es obvio, un estudio preferente pero no casi exclusivamente militar.

La Campaña Libertadora de 1819 con sus antecedentes a partir de 1816 y sus repercusiones después del 7 de agosto, forma un extraordinario e interesante conjunto que da tema para una obra amplia y amena en los campos militar e histórico. Dígalo si no, la benemérita investigación del Canónigo de Tunja Pbro. doctor Cayo Leonidas Peñuela, no superada hasta el presente, si no es en cuanto a nueva documentación se refiere, desconocida en 1919 del ilustre historiador.

Creo que el Coronel Riaño descuidó el aspecto histórico, —la pequeña historia exactamente, que forma un todo con la campaña militar en sí, o que al menos no lo aprovechó debidamente. Y es lástima, porque es bastante abundoso, interesante y aleccionador. Temas como las guerrillas en varias de

las Provincias de la Nueva Granada, la conspiración de Santafé en 1817, la actuación del clero antes y durante la campaña de 1819, los relatos de testigos oculares comenzando por el amplio, verídico e interesante del Pbro. Andrés María Gallo y concluyendo con el de Prieto Villate, relatos conocidos y debidamente utilizados por anteriores historiadores de la Campaña Libertadora, debieron de haber hecho acto de presencia con la mayor amplitud posible en la obra que reseño. Porque de hoy en adelante se acudirá a ella como a obra clásica, y todos cuantos la consulten creerán hallar tratados a espacio todos los temas y aspectos referentes a nuestra máxima y definitiva campaña de liberación. Pero veamos de ampliar un poco los puntos enumerados.

a) **Las guerrillas y el clero.**

Indudablemente las guerrillas y el clero resultaron decisivos en el éxito de la Campaña Libertadora de 1819. Así lo ha probado con amplitud el historiador Oswaldo Díaz Díaz en su excelente obra **La Reconquista Española** (2 vls. Historia Extensa de Colombia. Ediciones Lerner. Bogotá, 1963 y 1967). A las veces esa colaboración y actuación se torna trascendental y definitiva, en su conjunto ciertamente, y en particulares ocasiones. Tal el caso de la guerrilla de Coromoro en vísperas de Boyacá y la actuación del Coronel Fray Ignacio Mariño en la Junta del Llano de Miguel en junio de 1819, ignorada esta última por el Coronel Riaño, quizá por dar prelación al aspecto militar,

pero olvidando que la historia de una campaña, aunque se refiera a acciones militares, no es solamente movimiento de tropas, aprovisionamientos, marchas y contramarchas, retrocesos tácticos y técnicos, ataques y sorpresas, combates y batallas, sino un conjunto, una serie de hechos que dan colorido, interés y animación y sobre todo, humanizan el hecho principal en contraste con la deshumanización que al fin y al cabo representa la guerra, así sea motivada ella por las más altas finalidades, la libertad entre ellas, como es el caso de la gesta emancipadora de la Nueva Granada.

Las guerrillas se inician, como es sabido, a partir de febrero de 1816 a raíz de la derrota de Cachirí. Y cobijarán a la mayor parte de las Provincias de la Nueva Granada. Aún en la lejana Antioquia, bastante desubicada del epicentro de la libertad, se dan casos particulares de gentes que después de 1816 acuden a la clandestinidad y por medio de ella tratan de sacar provecho en favor de la libertad. Y bien sabemos que en Antioquia no hubo régimen del terror.

A ellas estuvo unido el clero ya desde 1810, como es el caso de los eclesiásticos Francisco Mariano Fernández, Andrés Ordóñez y Cifuentes y José Angel Manrique Santamaría, para no citar sino tres de los más importantes.

Esas guerrillas de los Santanderes y Cundinamarca, Boyacá y el Valle principalmente, prepararon el éxito de la invasión libertadora y coadyuvaron al posterior afianzamiento de la libertad.

¿Cómo ignorar la conspiración de 1817 en Santafé en la que se hallaron envueltos nada menos que la Pola y el Presbítero Fernández, posterior enlace desde su curato de Gachetá entre los conspiradores de Santafé y los patriotas del Llano? Por algo eminentes jefes deponían en su favor después de Boyacá, cuando ciego y lleno de méritos exigía una cortísima pensión que se pagaba a muchos y que él empezaba a necesitar con urgencia.

La acción heroica de los guerrilleros tuvo perfiles dramáticos en la acción de Charalá donde se enfrentaron a las tropas regulares y veteranas del Coronel Lucas González, y aunque derrotadas porque no cabía esperar otra cosa, demoraron de manera trágica para los españoles la marcha de aquellas hacia Boyacá, a donde si alcanzan a llegar en apoyo de los hispanos, seguramente muy otro hubiera sido el resultado de la acción del río Teatinos. Este movimiento guerrillero granadino, sin igual a lo que creo en toda América y parigual del español contra las tropas francesas desde 1808 hasta 1814, constituye una pequeña epopeya militar y patriótica que merecía resaltarse en la obra del Coronel Riaño, en la que con todo queda casi ignorada, al no ofrecerse al lector sino rápidas referencias a las guerrillas de Santander, en cita tomada del historiador Rodríguez Piata.

b) El clero.

Sobre la participación del clero en los primeros años en la patria, durante el régimen del terror y años siguientes a Boyacá, poco se ha escrito. Próxi-

mamente sin embargo, verán la luz dos volúmenes de la **Historia Extensa de Colombia**, dedicados a recordar esa importante colaboración clerical en favor de la patria a lo largo de los años 1810-1815. Un tercer tomo se referirá a los procesos y destierros y al aporte clerical a las guerrillas del 816 al 819, a la participación en la Campaña Libertadora y al decisivo apoyo a la causa de la libertad, después de 1819.

Con base en dichas investigaciones y en los conceptos de muchos personajes de la independencia, podemos afirmar que sin el clero no se habría podido realizar la emancipación. Con una mayoría clerical opuesta a la libertad, esta o no habría llegado o se habría demorado muchos años más. Porque apenas podemos imaginar lo que hubiera sido el tener en contra a medio estamento clerical con cuanto ello supone de influjo en los pueblos, máxime en aquellas calendas.

De la revolución de 1810 afirmó el prócer y mártir don Jorge Tadeo Lozano en el Colegio Electoral de 1813, ante lo más granado de la Provincia de Cundinamarca y aún del país por los eximios personajes que de la Nueva Granada habitaban en Santafé, que había sido una **revolución clerical**.

Esta afirmación la podemos aplicar en gran parte a la Campaña Libertadora de 1819, y aún anticiparnos a 1816, a raíz mismo de la caída de la república. Nombres y actitudes erguidamente patrióticas como las de los Pbro. Andrés Ordóñez y Cifuentes, Francisco Mariano Fernández, Belisario Gómez, Manuel Angel Manrique Santamaría y

la de los frailes Mariño, Guarín, Florido, Lobatón, Díaz y Reyes para no citar sino unos cuantos, hablan muy alto, de manera histórica y documental, en pro de la actitud amplia y decisivamente emancipadora de la inmensa mayoría del clero granadino.

Su actuación durante la invasión a la Nueva Granada debió merecer un especial capítulo al galardonado autor de **La Campaña Libertadora de 1819**. Porque su actividad, como debe saberlo, no se limitó a celebrar la Santa Misa, confesar a los moribundos y enterrar a los muertos.

Sin hablar de la actividad guerrillera de Fray Ignacio Mariño en los años 1812-1819, de sus merecimientos para con la patria que le valieron las charrteras de Coronel de la Nueva Granada, hemos de afirmar que su calidad de Capellán General del Ejército Libertador se constituyó en el alma de aquellos insignes y gloriosos invasores. Y que fue él quien principalmente en función de tal, pero a una con los demás capellanes de los cuerpos patriotas, se constituyó en permanente sostenedor del espíritu y de la moral combativa y libertadora de aquellos insignes aventureros y descamisados. Porque, a ¿qué otro estímulo podían acudir en aquellas circunstancias después de la fidelidad y el amor a la patria, sino a la fe en Dios y a la confianza y esperanza en él, predicadas por ministros suyos que hombro a hombro con ellos peleaban y sufrían y esperaban alcanzar y ver la libertad de la Nueva Granada?

De Mariño sabemos además que fue eficaz colaborador del Coronel Salom

en el rescate de los rezagados restos del ejército patriota en el paso del Páramo de Pisba y de su actuación en el combate del Pantano de Vargas, narrada por el testigo presencial, el Pbro. Andrés María Gallo. El hecho, repito, de que su principal misión consistiera en el auxilio espiritual de las tropas, no quiere decir que nada más hiciera y de nada más se preocupara. Sin que se pueda echar en olvido que la simple actividad espiritual los exponía a ofrendar su vida, como ocurrió con el padre Fray Miguel Ignacio Díaz, agustino, muerto en Boyacá, y otro, cuyo nombre ignoramos, agustino también, muerto en la acción de Gámeza, como lo recordaba el Provincial P. José Chavarría al General Santander meses después del 7 de agosto.

¿Y qué decir de la actuación del cura de Socha, Juan Tomás Romero?

Sencillamente que para ella debemos recabar el éxito inicial de la presencia de las tropas libertadoras en tierras boyacenses, con la inmensa cauda de secuelas que tal hecho conllevó a lo largo del mes que va del 22 de julio al 7 de agosto de 1819. Bellamente cantó a este propósito el inspirado poeta boyacense doctor José Joaquín Casas:

En cada pueblo, si el alcalde inicia,
síguele fiel el Párroco; el de Socha
ruega a sus fieles luzcan su pericia
en escombrar del páramo la trocha.
El diezmo repartiendo y la primicia
su actividad patriótica derrocha;
repicar un domingo, en son fiestero,
manda el buen cura, don Tomás Romero.

Ansioso acude el vecindario, y llena
la Iglesia. En pos del Evangelio, en misa
después que el cura milagrosa escena
cuenta, con su habla pintoresca y lisa,
de los patriotas la campaña buena

sus mil trabajos y llegada avisa;
y esboza, **juxta apóstolos**, prospecto
de la feliz república en proyecto.

.....
"Más hoy, sabedlo, feligreses míos:
la intrépida legión de los llaneros,
que a esta gran patria con heroicos bríos
rinden sus vidas, juventud y aceros,
con hambres, fiebres, temblorosos, fríos,
a nuestro pueblo se aproxima... ¡en cueros!
¡En cueros el ejército patriota!
¡Sochanos! ¡La República empelota!

¡Salgamos a vestirla a lo cristiano!
Tan bella acción os pide vuestro cura;
y refiere la historia que al sochano
debió la patria asilo y vestidura.
Yo os pido como párroco y hermano
que, salva la decencia y compostura,
hoy cada fiel, para vestir la tropa,
me deje aquí, de empréstito, su ropa".

Dice: "Entre asombro, con tendencia a risa,
el popular autodespojo empieza:
quién entrega la ruana o la camisa,
quién pañolón, chircate u otra pieza.
Crece el montón indumentario aprisa,
y el pueblo a un tiempo se despoja y reza;
y mil diversos y graciosos paños
van quedando sin dueño en los escaños.

Y era de ver cuando al tercero día
fue la tropa llegando y no a cuarteles,
la grata confusión que repartía
entre ella el don de los sochanos fieles.
Y el Puente y Vargas lanceador vería
después, entre la sangre y los laureles,
fiero en tirar y recibir lanzazo,
con bata de mujer, más de un hombrazo", (3).

Sucesos como el de Socha en la historia de los ejércitos y de los pueblos, se constituyen en episodios estelares de la libertad humana. Y por consiguiente deben quedar narrados hasta con profusión de detalles en obras dedicadas exprefeso a presentar el más completo relato de sucesos y acaeceres que se relacionan con la entraña misma de la nacionalidad.

c) El capítulo X.

Desde cuando tuve oportunidad de leer este capítulo en el **Magazine Do-**

minical de **El Espectador** de Bogotá, del domingo 29 de junio de 1969, me formé el concepto de que resultaba claramente incompleto y falto de precisión.

Primeramente incompleto.

Creo que el autor de la obra que comento, debió ser lo más amplio posible en este capítulo, para tratar de poner en claro todo lo referente al trascendental episodio de la Junta del Llano de Miguel.

Saben los lectores el que denomináramos conflicto histórico surgido en relación con ella.

¿Fue o no Bolívar el que decidió la continuación de la campaña por el Páramo de Pisba?

Según las memorias escritas de tres de los actores en la magna gesta (Santander, el General Antonio Obando y el General Manuel Antonio López, a quien no cita Riaño), la decisión de no volver atrás como pretendía Bolívar y de, por el contrario, seguir adelante por la vía más difícil y casi imposible, fue netamente granadina y consultada por Santander a sus principales colaboradores granadinos (Obando, Arredondo, París, Guerra, Cancino y Fortoul), y apoyada por el Coronel Lara de Venezuela.

El testimonio del General López omitido por Riaño dice así: "Ocupado Paya por la División de Vanguardia, la Retaguardia vivaqueó en el Llano de Miguel con el cuartel general, porque no alcanzó a llegar a aquel punto. Con el Capitán Freitas, Edecán del Libertador, le mandó éste una carta al General Santander, llamándolo al cuartel general para asegurarse de la resolución

de los Jefes al continuar una campaña tan penosa. El General Santander reunió los Jefes de su División, exigiéndoles que le dijeran con libertad, su parecer para manifestarlo en la conferencia: los coroneles Pedro Fortoul, Antonio Obando, José María Cancino y los mayores Joaquín París y Ramón Guerra, con la más firme decisión, le manifestaron que preferían una muerte segura, combatiendo contra los opresores de la Nueva Granada, antes que retroceder a los llanos a sufrir las penalidades pasadas, y que opinaban que la División en todo caso siguiera adelante. Al día siguiente el General Santander pasó el Llano de Miguel, y reunido con el Libertador, los generales Soubllette y Anzoátegui, y los coroneles Lara y Salom, el Libertador les hizo presente la desnudez de la tropa, pues había soldados que solo tenían por vestido un guayuco de palma de moriche y un sombrero de paja o de cuero, el mal estado en que se hallaban con solo un día de marcha en la cordillera, las penalidades que le esperaban al cruzar lo más elevado de ella, sin abrigo, donde una nevada podría concluir con el ejército, la falta de caballos y el disgusto de los llaneros de marchar por un país montañoso: les manifestó también que si en aquella situación en que se encontraba el ejército, el enemigo se colocaba al pie de la cordillera y retiraba todos los recursos que necesitaban, la pérdida sería completa; que en tal caso podría retrocederse para intentar por Guasualito una incursión sobre el valle de Cúcuta. Santander, conociendo el desig-

nic del Libertador, adujo, apoyado por Lara, varias razones en contra, añadiendo: que para salvar las tropas venezolanas que habían estado haciendo frente a las de Morillo en Apure, la División de Vanguardia atravesaría la cordillera, recorrería el terreno, observaría si el país tenía recursos, se informaría de la opinión de los pueblos, y resistiría al enemigo si estaba apoderado de alguno de los puntos por donde debía entrar a la provincia de Tunja: que si por desgracia la División era destruída, las tropas de Venezuela quedaban intactas para seguir obrando como antes, sin contar con las de Casanare; pero si al contrario la campaña presentaba un aspecto lisonjero, todos reunidos la seguirían hasta lograr el objeto. El General Anzoátegui respondió de ejecutar su parte en este plan, y así quedaron todos comprometidos como lo deseaba el Libertador.

Sin embargo, de encontrarse el ejército escaso de recursos y en el estado en que se acaba de exponer, el Libertador, a quien nada arredraba, porque estaba acostumbrado a superar todos los obstáculos, y animado por la decisión de los Jefes del Ejército, no vaciló un momento en emprender la marcha, atravesando el Páramo de Pisba, en donde quedaron muertos más de cien soldados, un número mayor llenó los hospitales, y el resto de la tropa quedó tan estropeada que no podía hacer la más pequeña marcha" (4).

Igualmente faltó al capítulo X el testimonio de Fray Ignacio Mariño aducido por el autor del **Album de Boyacá**

y reproducido por el biógrafo del insigne fraile (5).

No se puede dudar que el Coronel Mariño fue consultado sobre el paso de la cordillera, pues era coronel graduado, aunque no lo mencionen los citados autores, y porque su pensamiento y decisión en aquellas circunstancias valía doblemente: como militar y como capellán.

Es curioso, como recuerda el historiador Oswaldo Díaz, que hayan sido tres granadinos los que hablen en sus Memorias del episodio decisivo del Llano de Miguel, y que ningún venezolano, como ni tampoco el evangelista del Libertador, Daniel Florencio O'Leary, lo mencionen para nada. ¿Por qué este silencio, se pregunta, y nosotros con él? (6).

Siempre he creído, con base en los referidos testimonios, escritos años después del suceso, publicados dos de ellos en el pasado siglo y el de Obando en el presente y coincidentes a pesar de los diversos personajes de que proceden, que la inicial y perseverante decisión de atravesar la cordillera y por el Páramo de Pisba, fue **granadina ciento por ciento**. Esto resulta apenas obvio, porque solamente ellos conocían dichos senderos y su calidad de entrada difícil sí, pero directa a la provincia de Tunja y a su capital. Bolívar no habla de invasión a la Nueva Granada sino hasta el 2 de mayo en carta a Santander. El 1º de junio en carta a Páez le escribía: "A pesar de ser el camino de La Salina el que está más cubierto y fortificado, estoy decidido a hacer mi marcha por él, así porque es el más

breve y mejor, como porque ofrece mil comodidades para las tropas que pernoctarán siempre en poblado, y sufrirán poco el rigor de los páramos, por ser menos fuertes y no tan largos. Todas las medidas están tomadas para emprender de aquí la marcha el día 15 sin falta. Los prácticos convienen en que dentro de doce días estaremos en Sogamoso por lentas que sean las marchas. Estoy, pues, cierto, de que el 27 a más tardar habré llegado a Sogamoso, y Usía debe ocupar a Cúcuta un poco antes, es decir, entre el 25 y el 27" (7).

d) Falto de precisión.

El autor de *La Campaña Libertadora de 1819* parece que quisiera esquivar la fijación de su propio y decidido concepto sobre el origen de la decisión de atravesar el Páramo de Pisba. Esto se deduce del tono expositivo y narrativo del capítulo. Primeramente la descripción del páramo tomadas de las Memorias del Oficial Británico y de O'Leary y luego la rápida presentación de los testimonios de Santander y Obando sobre la Junta del Llano de Miguel.

Si nos atenemos a lo que afirma en las páginas 139 (línea 12) y 150 (línea 1), la decisión fue de Bolívar, quien ante las protestas y murmuraciones de los soldados y jefes venezolanos decide reunir a sus tenientes para una final decisión. En esta oportunidad son los jefes granadinos los que unánimemente manifiestan querer seguir adelante, pues el mismo Santander se ofrece a marchar con la Vanguardia y dado el caso de fracasar, perecer él con sus

heroicos acompañantes pero dejando a los venezolanos la oportunidad de poder volver atrás y salvar el resto del ejército. Mas en las páginas 77, 78 y 116 trae afirmaciones escritas del Libertador en las que habla de la invasión por Cúcuta, Chita y La Salina. Santander se encarga de recordarle lo pedregoso de esta última senda. De lo cual se deduce que no fue inicial ni antiguo el pensamiento de Bolívar de verificar la invasión por el Páramo de Pisba desconocido para él y del que seguramente ni había oído hablar, y que solamente la decisión inquebrantable de los granadinos, apoyados por Lara y Anzoátegui, lo decidió a seguir una vía tan difícil y arriesgada.

Por todo lo cual creo se puede afirmar que, en definitiva, fue granadina la incalculable y trascendental decisión de invadir la Nueva Granada por el sitio naturalmente más arriesgado y expuesto.

Este tema, perfunctoriamente tratado como se puede apreciar, daría tema para muchas páginas y amplia investigación, y merecería ser llevado a un concurso nacional o bolivariano. No se trata precisamente de quitar a Bolívar la iniciativa de la marcha por Pisba ni de otorgarla a Santander, sino tan solo de precisar al máximo el pensamiento de ambos y su actitud una vez iniciada la campaña libertadora. Porque ya va siendo hora de que el opinar y escribir con base en documentos pueda ser tachado de parcialidad en favor o en contra de tal o cual personaje. Aunque haya sucesos definitivos en la historia y libertad de los pueblos, una y otra

se han hecho con la colaboración de muchos, en mayor o menor escala, por lo que resultaría ridículo atribuir a uno solo, así sea el prócer y hombre más eminente, la totalidad de un logro —en nuestro caso la independencia— solamente alcanzable por muchos y muy variados personajes.

d) En la página 235 trae la lista de los 15 llaneros de la carga inmortal en el Pantano de Vargas. Solamente alude a la patria de ocho de ellos.

A Rondón lo hace venezolano, lo cual no es muy claro ciertamente hasta el día de hoy. Y mayores posibilidades existen hasta el día, de su procedencia granadina.

De los 14 restantes aduce la nacionalidad de solo 6 (3 granadinos y 3 venezolanos), aunque no coincide en esto con modernas investigaciones según las cuales Mellao, Mirabal, Paredes y los dos Segovias eran venezolanos y García, Lara, los dos Sánchez, Matute, Lancheros, los dos Gutiérrez y Chincá, granadinos (8).

Difícil resulta ciertamente conocer la exacta nacionalidad de algunos de ellos, ejempligracia, del Capitán Celedonio (no **Caledonio** como se lee en la obra de Riaño), al que los autores de la Corona Fúnebre hacen zipaquireño (9).

Valdría, con todo, la pena, un estudio biográfico de estos héroes, a través del cual se precisara al máximo su nacionalidad y actuaciones durante la independencia.

Dos índices, Onomástico y Geográfico, muy completos ambos, avalan la presente obra. Y es digno de consignar

este dato, porque todavía se escriben y publican libros de Historia por los historiadores y aún patrocinados por la Academia Colombiana de Historia, sin los elementales índices, al menos el onomástico, que valoran y hacen apreciabilísimas tales publicaciones y fáciles de consultar por toda clase de personas.

e) **Unas breves observaciones sobre la edición tipográfica.**

Se ofrece al lector en buen papel y tipo de imprenta, pero demasiado apretujado este, lo cual hace la lectura un tanto difícil y penosa.

A las veces hallamos páginas enteras sin punto aparte.

No faltan errores de imprenta (p. 51, línea 25; 91, línea 3; 174, línea 12; 233, línea 33; 314 (no foliada), línea 18: Camacho por **Camargo**).

En la página 87, línea 16, el autor **doctora** al Mariscal de Campo D. Miguel de La Torre; y en la 162, comienza en la línea 40 una trasposición de linogotes.

No sabemos por qué, las últimas 38 páginas del libro aparecen sin foliar, esto es, de la 312 en adelante.

* * *

Tales los comentarios y acotaciones que me permito hacer a la obra del Coronel y Académico, Camilo Riaño.

Siempre he considerado que obras de valor y envergadura —sea cualquiera su tema— merecen la atenta lectura y las pertinentes glosas de quienes se crean en capacidad de hacerlas. Porque es hora ya de que se acabe la

conspiración del silencio por parte de críticos y periodistas sobre obras y ensayos que no nos gustan o sobre cuya posición no estamos de acuerdo.

Y a fe que suele darse en nuestra Colombia esta silenciosa conspiración —en veces también por falta de patriotismo y por no ser el autor permanente colaborador de la gran prensa— al paso que se otorga desusada importancia y publicidad excesiva a obras que no merecen tanto despliegue periodístico.

Ojalá que quienes concursaron con motivo del 150º aniversario de Boyacá y muchos otros que tienen en sus manos la obra galardonada, se pronunciarán sobre ella. Y aportarán sus luces y críticas al ensayo histórico del Coronel Riaño.

NOTAS:

- (1) Teniente Coronel Camilo Riaño. Sesquicentenario de la Campaña Libertadora de 1819. Editorial Andes, Bogotá, D. E., 1969.
- (2) Obra citada, páginas 8 y 9.
- (3) JOSE JOAQUIN CASAS. *Antología Poética*. Biblioteca Popular de Cultura Colombia, vol. 151. Editorial Iqueima, Bogotá, 1951, páginas 167 y 171-172.
- (4) Recuerdos Históricos de la **Guerra de la Independencia**. 2ª edición. Imprenta "La Comercial", Bogotá, 1889, páginas 6-7.
- (5) CAYO LEONIDAS PEÑUELA. *Album de Boyacá*. I. Casa Editorial de Arboleda & Valencia. Bogotá, 1919, páginas 228-229. Y ROBERTO MARIA TISNES J. CMF. Fray Ignacio Mariño, *Capellán General del Ejército Libertador*. Biblioteca de Historia Nacional, vol. CI. Editorial ABC. Bogotá, 1963, páginas 147-148.
- (6) *La Reconquista Española*. Historia Extensa de Colombia, vol. VI, tomo II. Ediciones Lerner, Bogotá, 1967, p. 317.
- (7) RIAÑO, o. c., página 112. La calidad casi exclusivamente granadina de la decisión del Llano de Miguel, la recordó desde 1897 el General Francisco Javier Vergara y Velasco en su obra: 1818 (Guerra de Independencia), al final de la cual, después de recordar las diversas afirmaciones y propósitos de invasión de Bolívar, sobre todo en comunicaciones a Santander, concluye de esta manera: "La elección de la vía de Paya fue, pues, obra exclusiva del granadino Santander, el hombre de la empresa. "Hombre de letras por vocación y soldado por elección había hecho todas las campañas de la revolución, conservando su carácter mixto. Dotado de una inteligencia vivaz y bien cultivada, con principios democráticos que formaban su conciencia política, con un patriotismo de buena ley, aunque, no exento de una ambición legítima, era hombre de acción y pensamiento llamado a figurar en la guerra y en la paz". Su participación real en la campaña decisiva de 1819 está aún por estudiar". (Librería Americana. Librería Nueva, Bogotá, Imprenta Nacional, 1897, página 266 nota. Y 2ª edición. Biblioteca Eduardo Santos, vol. XXIII. Editorial Kelly, Bogotá, 1960, página 256 nota).
- (8) *Ecos del Sesquicentenario*. Año I. Tunja, julio de 1969, Nº, 6, página 1.
- (9) *Los Héroes y Mártires de la Independencia*. Bogotá, 1919, II, página 73.